

Traducción de
ALFONSO MONTELONGO

THOMAS NAGEL

¿Qué significa todo esto?

Una brevísima
introducción a la filosofía



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
MÉXICO

1995

IX. Muerte

Todas las personas mueren, pero no todas concuerdan en qué es la muerte. Algunas creen que sobrevivirán a la muerte de su cuerpo, irán al cielo, al infierno o a otra parte, se convertirán en espectros o regresarán a la Tierra en un cuerpo diferente, tal vez ya no como seres humanos. Otros creen que dejarán de existir, que el yo se apaga cuando el cuerpo muere; y entre quienes creen que dejarán de existir, algunos piensan que es un hecho terrible, y otros que no.

En ocasiones se dice que nadie puede concebir su propia inexistencia, y que por tanto no podemos realmente creer que nuestra existencia llegue a su fin con nuestra muerte; pero parece que eso no es cierto. Por supuesto, tú no puedes concebir tu propia inexistencia *desde dentro*. No puedes concebir lo que sería estar totalmente aniquilado, porque no hay nada con qué compararlo, desde dentro; pero en ese sentido, tampoco puedes concebir lo que sería estar completamente inconsciente, aunque fuera temporalmente. El hecho de que no puedas concebirlo desde dentro no significa que no puedas concebirlo en absoluto: sólo tienes que pensar en ti mismo desde fuera: privado del conocimiento o profundamente dormido; y aunque tienes que estar cons-

ciente para *pensarlo*, no quiere decir que pienses *en* ti como ser consciente.

Con la muerte ocurre lo mismo. Para imaginar tu propia aniquilación, tienes que pensar en ella desde fuera, pensar en el cuerpo de la persona que eres, sin nada de vida *ni experiencia en él*. Para *imaginar algo no es necesario imaginar cómo te sentirías tú si lo experimentaras*. Cuando *imaginas tu propio funeral*, no imaginas la imposible *situación de estar presente en él*: imaginas cómo lo verían otros ojos. Claro, tú estás vivo cuando piensas en tu propia muerte, pero ése no es mayor problema que el de estar consciente cuando te imaginas inconsciente.

La cuestión de la supervivencia después de la muerte se relaciona con el problema mente-cuerpo, que ya discutimos. Si el dualismo es cierto, y cada persona consta de un alma y un cuerpo interconectados, podemos entender que sea posible la vida después de la muerte. El alma podría existir separada y tener vida mental sin ayuda del cuerpo: entonces podría abandonar al cuerpo cuando éste muriera, en vez de ser destruida. No podría tener la clase de vida mental de acción y percepción sensorial, pues depende de su vínculo con el cuerpo (a menos que se uniera a otro cuerpo), pero podría tener una vida interior distinta, quizá dependiente de distintas causas e influencias; por ejemplo, comunicación directa con otras almas.

Digo que la vida después de la muerte *podría* ser factible si el dualismo fuera cierto. También podría no serlo, pues la supervivencia del alma, y la continuación de su conciencia, podría depender totalmente del apoyo y estímulo que obtiene del cuerpo en que se aloja; y podría no ser capaz de cambiar de cuerpo.

Pero si el dualismo no es cierto, y los procesos mentales tienen lugar en el cerebro, dependiendo completamen-

te del funcionamiento biológico de éste y del resto del organismo, la vida después de la muerte del cuerpo no es posible. O, para decirlo más precisamente, la vida mental después de la muerte requeriría la restauración de la vida física, biológica: requeriría que el cuerpo volviera a la vida. Esto podría hacerse *técnicamente factible algún día*: puede llegar a ser viable congelar el cuerpo de las personas cuando mueran, y luego, mediante avanzados procedimientos médicos, arreglar lo que fallara en ellos y tornarlos a la vida.

Aunque esto llegara a ser posible, subsistiría el problema de si la persona revivida varios siglos después sería la misma u otra. Tal vez si tú fueras congelado después de la muerte y luego tu cuerpo fuera revivido, *tú* no despertarías, sino alguien muy parecido a ti, con recuerdos de tu vida pasada; pero aun cuando llegara a ser posible revivirte después de la muerte a ti mismo en el mismo cuerpo, eso no es lo que normalmente se quiere decir con vida después de la muerte. Usualmente, vida después de la muerte significa vida sin tu antiguo cuerpo.

Es difícil saber cómo podríamos decidir si tenemos alma separable. Todas las pruebas señalan que *antes* de la muerte la vida consciente depende por completo de lo que sucede en el sistema nervioso. Si nos guiamos sólo por la observación ordinaria, más que por doctrinas religiosas o afirmaciones espiritistas de haberse comunicado con los muertos, no hay razón para creer en una vida después de la muerte. Sin embargo, ¿nos asiste la razón para creer que no hay otra vida? Así lo creo, pero otros pueden preferir mantenerse neutrales.

Y otros más pueden creer en otra vida basándose en la fe, a falta de pruebas. En lo particular, no comprendo bien cómo es posible este tipo de creencia inspirada en la fe,

pero es evidente que algunas personas lo logran, e incluso lo consideran natural.

Permítanme pasar a la otra parte del problema: qué debemos sentir respecto a la muerte. ¿Es buena, mala o neutra? He venido hablando de qué es razonable sentir acerca de tu propia muerte, no tanto la de otra gente. ¿Deberías ver la perspectiva de la muerte con terror, dolor, indiferencia o alivio?

Obviamente, depende de lo que sea la muerte. Si hay vida después de la muerte, la perspectiva será tenebrosa o feliz dependiendo de dónde vaya a parar nuestra alma; pero la pregunta más difícil y filosóficamente interesante es qué debemos sentir sobre la muerte si es el fin. ¿Es terrible dejar la existencia?

La gente discrepa al respecto. Algunos dicen que la inexistencia, el ser nada en absoluto, no puede ser bueno ni malo para el muerto. Otros dicen que el ser aniquilado, el que se interrumpa por completo el curso posible de nuestra vida futura, es el mal supremo, aunque todos tengamos que hacerle frente. Y otros dicen que la muerte es una bendición (claro, no si llega demasiado pronto, pero sí finalmente), porque sería insoportablemente aburrido vivir por siempre.

Si la muerte sin nada tras sí es algo bueno o malo para la persona que muere, debe ser un bien o mal *negativo*. Puesto que en sí no es nada, no puede ser agradable ni desagradable. Si es buena, debe ser por la ausencia de algo malo (como el aburrimiento o el dolor); si es mala, debe ser por la ausencia de algo bueno (como las experiencias interesantes o agradables).

Ahora bien, podría parecer que la muerte no puede tener valor alguno, positivo ni negativo, porque alguien que no existe no puede ser beneficiado ni perjudicado: des-

pués de todo, hasta un bien o mal *negativo* tiene que sucederle a *alguien*; pero si reflexionamos veremos que ello no es realmente un problema. Podemos decir que la persona que *existía* ha sido beneficiada o perjudicada por la muerte. Por ejemplo, supongamos que está atrapada en un edificio en llamas y una viga le cae en la cabeza, matándola instantáneamente. Como resultado, no sufre la agonía de morir abrasada. Parece que en su caso podemos decir que tuvo suerte de morir sin dolor, porque se evitó algo peor. La muerte en ese momento fue un bien negativo, porque la salvó del mal positivo que de otro modo habría padecido los siguientes cinco minutos; y el hecho de que no esté presente para disfrutar ese bien negativo no quiere decir que no le beneficiara. Estamos hablando de la persona que estaba viva, y que habría sufrido de no haber muerto.

Algo parecido podría decirse de la muerte como mal negativo. Cuando mueras, todas las cosas buenas de tu vida se acabarán: ya no habrá comidas, películas, viajes, conversaciones, amor, trabajo, libros, música ni nada más. Si esas cosas son buenas, su ausencia es mala. Por supuesto no las *extrañarás*: la muerte no es como estar en confinamiento solitario; pero la terminación de todo lo bueno de la vida, debida al cese de la propia vida, parece claramente un mal negativo para la persona que estaba viva y ahora está muerta. Cuando muere alguien que conocemos, lo lamentamos no sólo por nosotros, sino por él, porque hoy no puede ver brillar el sol, ni oler el pan en la tostadora.

Cuando piensas en tu propia muerte, el hecho de que todas las cosas buenas de la vida terminarán es ciertamente motivo de pesar; pero eso no parece ser todo. La mayor parte de la gente quiere que haya más cosas de las que disfrutar en vida, mas para algunos la perspectiva de no

existir es aterradora en sí, de un modo que no explica adecuadamente lo que se ha dicho hasta ahora. El pensamiento de que el mundo continuará sin ti, que te volverás *nada*, es muy difícil de aceptar.

No está muy claro por qué. Todos aceptamos el hecho de que hubo un tiempo antes de que naciéramos, en el cual todavía no existíamos, así que, ¿por qué habría de perturbarnos tanto la perspectiva de no existir después de la muerte? Pero de algún modo no se siente igual. La perspectiva de la inexistencia es aterradora, al menos para mucha gente, de una forma en que no puede serlo la inexistencia pasada.

El miedo a la muerte es muy intrigante, de una manera que no lo es el pesar por el fin de la vida. Es fácil entender que podemos querer más vida, más de las cosas que proporciona, de modo que veamos la muerte como un mal negativo. ¿Pero cómo puede la *perspectiva* de tu propia inexistencia ser alarmante de una forma positiva? Si realmente dejamos de existir con la muerte, no hay nada que esperar, así que ¿cómo puede haber algo que temer? Si se piensa lógicamente, parece que la muerte sería algo temible sólo si nosotros *fuéramos* a sobrevivirle, y tal vez arrastrar alguna horrible transformación; pero eso no impide a mucha gente pensar que la aniquilación es una de las peores cosas que podrían ocurrirles.

Quizá tú hayas pensado que nada importa en realidad, porque en doscientos años todos estaremos muertos. Éste es un pensamiento peculiar, pues no queda claro por qué el hecho de que todos estaremos muertos dentro de doscientos años debería implicar que realmente no importa nada de lo que hacemos ahora.

La idea parece ser que estamos en una especie de competencia incesante, luchando por lograr nuestros objetivos y hacer algo de nuestra vida, pero esto sólo tiene sentido si esos logros llegan a ser permanentes; mas no lo serán. Aunque escribas una gran obra literaria que se siga leyendo dentro de miles de años, finalmente el sistema solar se enfriará o el universo se desintegrará, con lo que se desvanecerá todo rastro de tus esfuerzos. De cualquier modo, no podemos esperar ni una fracción de este tipo de inmortalidad. Si lo que hacemos tiene algún sentido, debemos encontrarlo dentro de nuestra vida.

¿Por qué hay dificultad en ello? Tú puedes explicar el sentido de la mayor parte de las cosas que haces. Trabajas para ganar dinero y sostenerte, y acaso también a tu familia. Comes porque tienes hambre, duermes porque estás cansado, das un paseo o visitas a un amigo porque se te ape-

tece, lees el periódico para enterarte de lo que pasa en el mundo. Si no hicieras ninguna de estas cosas, te sentirías muy mal, así que, ¿cuál es el problema?

El problema es que, si bien hay justificaciones y explicaciones para casi todas las cosas, grandes y pequeñas, que hacemos *dentro* de la vida, ninguna de estas explicaciones aclara el sentido de tu vida como un todo; conjunto del que todas estas actividades, éxitos y fracasos, luchas y decepciones son parte. Si piensas en el todo, no parece tener sentido en absoluto. Viéndolo desde fuera, no importaría si nunca hubieras existido; y cuando dejes de existir, no importará que hayas existido.

Por supuesto, tu existencia le importa a otras personas (tus parientes y otros que se preocupan por ti), pero, tomadas en conjunto, sus vidas tampoco tienen sentido, así que finalmente no importa que tú les importes. Les importas a ellos y ellos te importan a ti, y eso puede dar a tu vida un sentido de importancia, pero se están lavando la ropa mutuamente, por así decirlo. Dado que cualquier persona existe, tiene necesidades y preocupaciones que hacen que ciertas cosas y gente dentro de su vida le importen; pero el *todo* no importa.

Mas, ¿importa que no importe? Tú podrías decir: “¿Y qué? Basta con que importe si llego a la estación antes de que salga mi tren, o si me acordé de alimentar al gato. No necesito más para vivir”. Respuesta perfecta; pero sólo funciona si realmente puedes abstenerte de poner los ojos más alto, y preguntarte qué significa todo. Pues una vez que lo hagas, se abre a la posibilidad de que tu vida te resulte irrelevante.

El pensamiento de que estarás muerto en doscientos años es una manera de ver tu vida enmarcada en el contexto más amplio, de modo que el sentido de las pequeñas

cosas que la componen no parece bastar, parece dejar sin respuesta una pregunta mayor. ¿Y si tu vida como un todo tuviera sentido en relación con algo más grande? ¿Después de todo no sería irrelevante?

Hay varios sentidos en que tu vida podría tener un significado mayor. Podrías ser parte de un movimiento político o social que mejorara el mundo, para beneficio de generaciones futuras; o simplemente podrías proporcionar una buena vida a tus hijos y a los hijos de tus hijos; o podrías pensar que tu vida tiene significado en un contexto religioso, de modo que tu tiempo en la Tierra fue sólo preparación para una eternidad en contacto directo con Dios.

Sobre los tipos de sentido que dependen de relaciones con otra gente, incluso gente distante en el futuro, ya indiqué cuál es el problema. Si nuestra vida tiene sentido como parte de algo mayor, ¿todavía es posible preguntar cuál es el significado de *ese* algo? O hay una respuesta en términos de algo aún mayor, o no la hay. Si la hay, simplemente repetimos la pregunta. Si no, nuestra búsqueda de sentido termina con algo que no tiene sentido; pero si esa falta de sentido es aceptable para el algo mayor del que nuestra vida es parte, ¿por qué no había ya de serlo para nuestra vida tomada como un todo? ¿Por qué no está bien que tu vida carezca de sentido? Y si no es aceptable aquí, ¿por qué habría de serlo en el contexto mayor? ¿Por qué no tenemos que seguir preguntando: “Cuál es el sentido de todo *eso*?” (la historia humana, la sucesión de las generaciones, o lo que sea).

Apelar a un significado religioso de la vida es un poco diferente. Si crees que el sentido de tu vida viene de cumplir el propósito de Dios, que te ama, y verlo en la eternidad, no parece apropiado preguntar: “¿Y *eso* qué sentido tiene?” Suponemos que es algo que constituye su propio

sentido, y no puede tener un propósito fuera de sí mismo; pero por esta misma razón suscita sus propios problemas.

La idea de Dios parece ser la idea de algo que explica todo lo demás, sin tener que ser explicado; pero es muy difícil entender cómo podría haber algo así. Si planteamos la pregunta: "¿Por qué es así el mundo?", y recibimos una respuesta religiosa, ¿qué puede impedirnos preguntar de nuevo: "Y eso por qué es cierto"? ¿Qué tipo de respuesta detendría todos nuestros "¿Por qué?" de una vez por todas? Y si pueden detenerse ahí, ¿por qué no pueden detenerse antes?

Parece surgir el mismo problema si se propone a Dios y sus designios como explicación suprema del valor y significado de nuestra vida. Se supone que la idea de que nuestra vida cumple el propósito de Dios le da sentido de un modo que no requiere ni admite otro. No se supone que preguntemos "¿Cuál es el sentido de Dios?", como tampoco "¿Cuál es la explicación de Dios?"

Pero aquí mi problema, al igual que con el papel de Dios como explicación suprema, es que no estoy seguro de comprender la idea. ¿Realmente puede haber algo que dé sentido a todo lo demás, abarcándolo, pero que en sí no puede tener ni necesitar sentido? ¿Algo cuyo sentido no puede ser cuestionado desde el exterior, porque no hay "exterior"?

Si se supone que Dios da a nuestra vida un significado que no podemos entender, no es mucho consuelo. Dios como justificación suprema, al igual que Dios como explicación suprema, puede ser una respuesta incomprensible a una pregunta de la que no podemos librarnos. Por otra parte, acaso ésa sea la lección, sólo que yo no logro entender las ideas religiosas. Tal vez la creencia en Dios sea la creencia de que el universo es inteligible, pero no para nosotros.

Dejando de lado ese aspecto, regresemos a las dimensiones menores de la vida humana. Aunque la vida como un todo carezca de sentido, quizá no sea motivo para preocuparse. Tal vez podamos reconocerlo y continuar como antes. El secreto es mantener tus ojos en lo que tienes delante y dejar que las justificaciones terminen dentro de tu vida y la de la gente con la que te relacionas. Si alguna vez te preguntas "¿Cuál es el sentido de estar vivo (de llevar en particular la vida de estudiante, cantinero o cualquiera que sea tu ocupación)?", contestarás: "Ninguno. No importaría si yo no existiera, ni si nada me importara; pero algunas cosas me importan. Eso es todo".

Cierta gente halla muy satisfactoria esta actitud. A otros les deprime, aunque les es inevitable. Parte del problema es que algunos tenemos la tendencia incurable de tomarnos en serio a nosotros mismos. Queremos importarnos a nosotros mismos "desde fuera". Si nuestras vidas como un todo parecen sin sentido, entonces una parte de nosotros está insatisfecha: la parte que siempre mira sobre nuestro hombro lo que hacemos. Muchos esfuerzos humanos, particularmente aquellos al servicio de ambiciones serias, más allá de la simple comodidad y supervivencia, obtienen su energía de un sentido de importancia, un sentido de que lo que haces no es importante sólo para ti, sino importante en un grado mayor: importante, punto. Si pasamos esto por alto, nuestras embarcaciones se verían amenazadas por falta de viento. Si la vida no es real, si no es importante, si el sepulcro es su fin, quizá es ridículo tomarnos tan en serio a nosotros mismos. Por otra parte, si no podemos ayudarnos a tomarnos en serio, quizá debemos conformarnos con ser simplemente ridículos. Quizá la vida sea no sólo insignificante, sino absurda.